

### XIII

#### Las señas

Aquella noche tan larga y tan fértil en acontecimientos, y que nosotros hemos paseado, como la nube de los dioses mitológicos, desde San Dionisio á la Muette, de la Muette á la calle Coq-Herón, de la calle Coq-Herón á la de Platriere, y desde ésta á la de San Claudio, la había empleado madama Dubarry en discurrir el medio de atraer y amoldar el ánimo y la voluntad del rey á sus miras de política nueva.

Había, sobre todo, insistido en el peligro que habría en dejar á los Choiseul ganar terreno en el ánimo de la Delfina.

El rey había contestado, encogiéndose de hombros, que madama la Delfina era una niña y el señor de Choiseul un ministro viejo; que por consiguiente no había peligro, supuesto que la una no sabría trabajar ni el otro divertir.

Satisfecho el rey de esta aguda respuesta, no quiso llevar adelante sus explicaciones.

No sucedió lo mismo á madama Dubarry, que había creído observar en el rey cierta distracción.

Luis XV era presumido. Su gran dicha consistía en dar celos á sus queridas, siempre, no obstante, que estos celos no se convirtieran en enfados ó riñas demasiado prolongadas.

Madama Dubarry era celosa, primero por amor pro-

pio, y en segundo lugar por temor. Le había costado demasiado trabajo conquistar su posición, y ésta era demasiado elevada para que se atreviese, como madama de Pompadour, á tolerar otras queridas al rey, y aun buscárselas cuando S. M. se mostraba cansado y lleno de tedio, lo que, como es sabido, le sucedía frecuentemente.

Siendo pues celosa, como hemos dicho, madama Dubarry quiso conocer á fondo las causas de la distracción del rey.

El rey contestó estas palabras memorables:

— Me ocupo mucho en la felicidad de mi nuera (de la que estaba lejos de ocuparse). Y no sé verdaderamente si el Delfin le dará esa felicidad.

— ¿ Por qué no, señor ?

— Porque me ha parecido que Luis ha mirado en Compiègne, en San Dionisio y en la Muette mucho más á las demás mujeres que á la suya.

— ¿ De verás, señor ? Si V. M. mismo no me dijese semejante cosa, no lo creería : sin embargo, madama la Delfina es muy hermosa.

— Es un poco flaca.

— ¿ Es tan joven !.....

— Bueno, mirad á la señorita de Taverney : tiene la edad de la archiduquesa.

— ¿ Y qué ?

— Que es perfectamente hermosa.

Un rayo brilló en los ojos de la condesa y advirtió al rey su aturdimiento.

— Pero vos misma, querida condesa, replicó vivamente el rey, vos que habláis, estoy seguro de que á los diez y seis años estabais redonda como los pastores de nuestro amigo Boucher.

Esta ligera adulación arregló un poco el estado de las cosas ; sin embargo, el golpe se había dado.

Así, pues, madama Dubarry tomó la ofensiva haciéndose la dengosa.

— ¡Hola! dijo, ¿conque es muy linda esa señorita de Taverney?

— ¡Eh! ¿lo sé yo por ventura? dijo Luis XV.

— ¡Cómo! ¿la elogiáis, y decís que no sabéis si es bonita?

— Sé que no es flaca, y nada más.

— ¿Luego la habéis visto y examinado?

— ¡Ah! querida condesa, me armáis celadas, ¿eh? Ya sabéis que soy corto de vista. Lllaman mi atención las cosas en globo, pero no reparo en los detalles. En madama la Delfina he visto huesos, y eso es lo que puedo decirlos.

— Y en la señorita de Taverney habéis visto cosas en globo, como decís, porque madama la Delfina es una beldad distinguida, y la señorita de Taverney es una beldad vulgar.

— ¡Vamos, pues! dijo el rey; ¿por esa cuenta, Juana, no seréis una beldad distinguida? Creo que os burláis.

— Bueno, un cumplimiento, dijo en voz baja la condesa; ¡desgraciadamente este cumplimiento sirve de capa á otro cumplimiento, que no es para mí! y añadió en voz alta: ¡Pardiez! me alegraría que madama la Delfina escogiese damas de honor que se las pudiera mirar á la cara; porque es terrible ver una corte compuesta de viejas.

— ¿Á quién se lo decís, querida amiga? Ayer mismo se lo decía yo al Delfín; pero á ese marido todo le es indiferente.

— Y no sería malo que para comenzar tomase á esa señorita de Taverney. ¿Que os parece?

— Creo que la tomará, respondió Luis XV.

— ¡Ah! ¿sabéis eso, señor?

— A lo menos creo que así lo he oído decir.

— Es una muchacha sin fortuna.

— Sí, pero de buena casa; de esos Taverney Casa-Roja, antiguos y leales servidores.

— ¿Quién los protege?

— No sé nada de eso; pero creo que son unos pelones, como vos decís.

— Entonces no será el señor de Choiseul, porque estarían repletos de pensiones.

— Condesa, condesa, os suplico que no hablemos de política.

— ¿Es hablar de política, decir que los Choiseul os arruinan?

— Ciertamente, dijo el rey levantándose.

Una hora después S. M. había vuelto al gran Triunfón, alegre y satisfecho de haber inspirado celos, pero diciendo á media voz, como hubiese hecho el señor de Richelieu á los 30 años:

— En verdad que empalagan las mujeres celosas.

Tan luego como se retiró el rey, se levantó á su vez madama Dubarry y pasó á su gabinete, donde esperaba Chon, impaciente por saber noticias.

— Parece, dijo, que has alcanzado en estos últimos días un gran triunfo, pues has sido presentada anteayer á la Delfina, y admitida ayer á su mesa.

— ¡Sí, valiente cosa!

— ¡Cómo! ¡valiente cosa! ¿Sabes tú que á estas horas hay cien carruajes que corren detrás de tu sonrisa matutina por el camino de Luciennes?

— Lo siento.

— ¿Por qué?

— Porque es tiempo perdido; ni coches ni gentes obtendrán hoy mi sonrisa.

— ¡Oh! ¡oh! condesa, ¿el tiempo está tempestuoso?

— ¡Sí, pardiez! Mi chocolate, pronto, mi chocolate.

Chon llamó, y acudió Zamora.

— Mi chocolate, dijo la condesa.

Zamora partió lentamente contando sus pasos y dándose la importancia de un personaje.

— Este pícaro quiere matarme de hambre, gritó la condesa; cien azotes si no corres.

— Yo no correr, porque yo ser gobernador, dijo majestuosamente Zamora.

— ¡ Ah ! ¡ tú gobernador ! dijo la condesa cogiendo un latiguillo de puño de plata destinado á mantener la paz entre los perros y gatos de la condesa : ¡ ah ! ¡ tú gobernador ! Aguarda, aguarda, yo te haré ver si eres gobernador.

Al ver Zamora el látigo, echó á correr agitando todas las campanillas y lanzando grandes gritos.

— Estáis feroz hoy, Juana, dijo Chon.

— Tengo derecho para estarlo, ¿ no es verdad ?

— ¡ Oh ! sí, decís bien; pero os dejo, querida mía.

— ¿ Por qué ?

— Temo que me devoréis.

Tres golpes sonaron en la puerta del gabinete.

— Bueno : ¿ quién llama ahora ? dijo la condesa con impaciencia.

— No dejará de ser bien recibido, murmuró Chon.

— Vale más que yo sea mal recibido, dijo Juan empujando la puerta con un desembarazo regio.

— Y bien, ¿ qué sucedería si fueras mal recibido ? porque al fin esto sería posible.

— Sucedería, dijo Juan, que no volvería á poner aquí los pies.

— ¿ Y qué ?

— Que habrías perdido más que yo en recibirme mal.

— ¡ Impertinente !

— Bueno, soy impertinente porque no adulo. ¿ Qué es lo que tiene hoy, querida Chon ?

— No lo sé, pero no quiere hablar, está insociable. ¡ Ah ! aquí está el chocolate.

— Pues bien, no la hablemos. Buenos días, mi chocolate, dijo Juan cogiendo la bandeja; ¿ cómo estás, chocolate ?

Y fué á llevar la bandeja á un rincón y la puso sobre una mesita delante de la cual se sentó.

— Ven, Chon, dijo, ven, los que son demasiado orgullosos no tomarán chocolate.

— ¡ Hola ! estáis hoy muy graciosos, dijo la condesa viendo á Chon hacer señas con la cabeza á Juan que podía desayunarse solo; os hacéis los susceptibles y no veis que sufro.

— ¿ Pero qué es lo que tienes ? preguntó Chon acercándose.

— ¡ No, exclamó la condesa, no hay uno de ellos que piense en lo que me ocupa !

— ¿ Pero qué cosa te ocupa ? dí.

Juan no se meneó y siguió impávido untando sus tostadas de manteca.

— ¿ Te hace falta dinero ? preguntó Chon.

— ¡ Oh ! en cuanto á eso, dijo la condesa, antes le faltará al rey.

— Entonces, préstame mil luises, dijo Juan; los necesito.

— Mil papirotazos en tu gorda y colorada nariz.

— ¿ Conque decididamente el rey protege á ese abominable Choiseul ? preguntó Chon.

— Buena noticia : ya sabes que son inamovibles.

— ¿ Conque está enamorado de la Delfina ?

— ¡ Ah ! te aproximas : ¡ magnífico ! pero mira á ese ganso que se atraca de chocolate, y que no mueve

ni el dedo meñique para acudir en mi auxilio. ¡ Oh ! esos dos seres me matarán de pesar.

Sin cuidarse Juan de la tempestad que rugía á su espalda, cortó otro panecillo, lo untó de manteca, y se puso á tomar otra jicara de chocolate.

— ¡ Cómo ! exclamó Chon, ¿ el rey está enamorado ?

Madama Dubarry hizo una seña con la cabeza, que quería decir :

— Has acertado.

— ¡ Y de la Delfina ! continuó Chon juntando las manos. Pues bien, tanto mejor, supongo que no será incestuoso, y debes estar tranquila : más vale que se enamore de esa que de otra cualquiera.

— ¿ Y si no estuviese enamorado de esa, sino de otra ?

— ¡ Bueno ! exclamó Chon poniéndose pálida. ¡ Oh, Dios mío, Dios mío ! ¿ qué me dices ?

— ¡ Bien ! ponte mala ahora, pues es lo único que nos falta.

— ¡ Ah ! si eso es así, murmuró Chon, estamos perdidos : ¿ y tú lo sufres, Juana ? ¿ Pero de quién está enamorado ?

— Pregúntalo á tu hermano ; él te lo dirá, porque lo sabe, ó por lo menos lo sospecha.

Juan levantó la cabeza.

— Me hablan, dijo.

— Sí, señor diligente, sí, señor utilísimo, dijo Juana, se os pregunta el nombre de la persona que ocupa al rey.

Juan se llenó herméticamente la boca, y haciendo un gran esfuerzo, pronunció estas cuatro palabras :

— La señorita de Taverney.

— ¡ La señorita de Taverney ! exclamó Chon. ¡ Ah, misericordia !

— Lo sabe ¡ el verdugo ! dijo la condesa recostán-

dose sobre el respaldo de su sillón y levantando los brazos al cielo : ¡ lo sabe y come !

— ¡ Oh ! exclamó Chon abandonando visiblemente el partido de su hermano para pasarse al campo de su hermana.

— No sé en verdad, exclamó la condesa, porque no le arranco los ojos, hinchados todavía de sueño perezoso. Ahora se levanta, querida mía, ahora se levanta.

— Os engañáis, dijo Juan, yo no me he acostado.

— ¿ Pues qué has hecho entonces, gorrón ?

— Pardiez, dijo Juan, no he cesado de andar en toda la noche y toda la mañana.

— ¡ Cuando yo lo decía !... ¡ oh ! ¿ quién me servirá mejor de lo que me sirven ? ¿ quién me dirá qué se ha hecho esa joven ? ¿ dónde está ?

— ¿ Dónde está ? preguntó Juan.

— Sí.

— ¡ Pardiez ! en París.

— ¿ En París ?... ¿ pero en qué sitio de París ?

— En la calle Coq-Herón.

— ¿ Quién te lo ha dicho ?

— Su cochero, á quien esperaba yo en las caballerizas y le he preguntado.

— ¿ Y qué te ha dicho ?

— Que acababa de conducir á todos los Taverney á una casa de la calle Coq-Herón, situada en un jardín y contigua á la casa de Armenonville.

— ¡ Ah ! ¡ Juan ! ¡ Juan ! exclamó la condesa : he ahí lo que me reconcilia contigo, amigo mío ; pero convendrá saber estos detalles : ¿ Cómo vive ? ¿ qué hace ? ¿ recibe cartas ? Importa averiguar todo esto.

— Pues bien, se sabrá.

— ¿ Y cómo ?

— ¿ Cómo, eh ? Yo he hecho mis indagaciones : haced ahora las vuestras.

— ¿Calle Coq-Héron? dijo vivamente Chon.  
 — Calle Coq-Héron, respondió Juan con la mayor calma.

— Pues bien, en la calle Coq-Héron debe haber cuartos que se alquilan.

— ¡Oh! excelente idea, exclamó la condesa. Es menester ir ahora mismo á la calle Coq-Héron, Juan, y alquilar una casa. Allí se ocultará una persona; esta persona verá entrar, verá salir, verá maniobrar. ¡Pronto, pronto, al coche, y vamos á la calle Coq-Héron!

— Es inútil: no hay cuartos desalquilados en la calle Coq-Héron.

— ¿Y cómo sabes eso?

— ¡Toma! porque me he informado; pero los hay.....

— ¿Dónde? veamos. ¡

— En la calle Platriere.

— ¿Qué calle es esa?

— ¿Qué calle?

— Sí.

— Es una calle cuyos accesorios dan á la calle Coq-Héron.

— Pues bien, ¡pronto, pronto! dijo la condesa, alquilemos un cuarto en la calle Platriere.

— Está alquilado, dijo Juan.

— ¡Hombre admirable! exclamó la condesa. Abrazame, Juan, abrazame.

Juan se limpió la boca, abrazó á madama Dubarry y le hizo una ceremoniosa reverencia en señal de agradecimiento por el honor que acababa de recibir.

— ¡Esto es magnífico! dijo Juan.

— ¿Supongo que no te habrán conocido!

— ¡Quién diablos quieres que me conozca en la calle Platriere!

— ¿Y has alquilado....

— Un cuarto en una casa muy oscura.

— ¿Y te habrán preguntado para quién?

— Sin duda.

— ¿Y qué has contestado?

— Que era para una joven viuda. ¿Eres tú viuda, Chon?

— ¡Pardiez! dijo Chon.

— Perfectamente, dijo la condesa; Chon será la que se instale en la habitación; Chon será la que espie y vigile; pero es necesario no perder tiempo.

— Quiero, pues, marchar ahora mismo, dijo Chon. ¡Los caballos, los caballos!

— ¡Los caballos! gritó madama Dubarry llamando.

Juan y la condesa sabían á qué atenerse respecto de las relaciones amorosas que se suponían entre el rey y Andrea.

Solo al presentarse esta joven había despertado la atención del rey, luego Andrea era peligrosa.

— Esa muchacha, dijo la condesa mientras engancharon el tiro al coche, no sería verdadera provinciana, si desde su palomar no hubiese traído á París algún amante tímido; descubramos quién es ese amante, y pronto un casamiento. Nada enfriará al rey como un casamiento entre amantes de provincia.

— ¡Diablo! todo lo contrario, dijo Juan; para S. M. cristianísima, y tú, condesa, lo sabes mejor que nadie, es un plato apetitoso una muchacha casada; pero una joven que tuviese amante contrariará mucho á S. M.

— El coche está dispuesto, dijo.

Chon se lanzó fuera de la habitación, después de haber apretado la mano de Juan y abrazado á su hermana.

— ¿Por qué no la conduces tú, Juan? dijo la condesa.

— No por cierto ; yo iré por mi lado, respondió Juan. Espérame en la calle Platriere, Chon. Y será la primera visita que recibas en tu nueva habitación.

Partió Chon, y Juan volvió á sentarse á la mesa para tomarse la tercera jícara de chocolate.

Chon trató en primer lugar de tomar el aire provinciano que pudiese, á cuyo efecto había mudado de traje y se había cubierto sus espaldas aristocráticas con una manteleta de seda negra ; media hora después subía con Silvia una altísima escalera que conducía á un cuarto piso.

En este cuarto piso estaba la habitación alquilada por el vizconde.

Cuando llegó al tramo del segundo piso, se volvió Chon para ver quién la seguía.

Era la vieja propietaria que habitaba el primer piso, y que al oír ruido había salido y se hallaba turbada y sorprendida de ver á dos mujeres tan jóvenes y tan lindas entrar en su casa.

Levantó su cabeza ceñuda y vió dos cabezas risueñas.

— ¡ Hola ! señoritas, ¿ qué venís á buscar aquí ?

— La habitación que mi hermano ha alquilado para nosotras, señora, dijo Chon afectando su aire de viuda : ¿ no lo habéis visto, ó hemos equivocado la casa ?

— No, no, es en el cuarto piso, dijo la vieja propietaria. ¡ Ah ! pobre joven, viuda á vuestra edad !

— ¡ Ay ! exclamó Chon levantando los ojos al cielo.

— Pero estaréis muy bien en la calle Platriere, es una calle muy buena ; no tendréis ruido : vuestra habitación da á los jardines.

— Esto es lo que he deseado, señora.

— Sin embargo, por el corredor podréis ver en la calle cuando pasen las procesiones y cuando representen los perros sabios.

— ¡ Ah ! será una gran distracción, señora, suspiró Chon, y continuó subiendo.

La vieja propietaria la siguió con la vista hasta el cuarto piso, y cuando Chon cerró la puerta, dijo :

— Me parece buena mujer.

En seguida corrió hacia las ventanas que daban al jardín.

Juan no se había equivocado ; casi debajo de las ventanas de la habitación alquilada estaba el pabellón designado por el cochero.

Bien pronto debió desaparecer hasta la menor duda : una joven vino á sentarse al lado de la ventana del pabellón con un bordado en la mano ; era Andrea.

XIV

La habitación de la calle Platrière

Apenas hacía algunos minutos que Chon examinaba á la joven, cuando el vizconde Juan, que había subido las escaleras de cuatro en cuatro escalones como el escribiente de un procurador, apareció en el umbral de la habitación de la supuesta viuda.

- ¿Qué hay? preguntó.
- ¡Ah! ¿eres tú, Juan? me has asustado.
- ¿Qué dices de esto?
- Digo que estaré admirablemente aquí para verlo todo; por desgracia no podré oírlo todo.
- ¡Pardiez! pides demasiado. Á propósito: otra noticia.
- ¿Cuál?
- Maravillosa.
- ¡Bah!
- Incomparable.
- Este hombre es capaz de asesinar con sus exclamaciones.
- El filósofo.....
- Y bien, ¿qué! ¿el filósofo?
- Por más que digan.....
- El sabio estará preparado á todo evento.
- Yo soy un sabio; pues bien, no estaba preparado á esto.

— Te suplico que acabes. ¿Te estorba esta muchacha? en este caso pasa al cuarto inmediato, Silvia.

— ¡Oh! no, todo lo contrario; quédate, Silvia, quédate.

Y el vizconde acarició con el dedo la barba de la muchacha, cuyo ceño se fruncía ya con la idea de que se iba á decir una cosa que ella no oiría.

- Que se quede en hora buena; pero habla.
- No hago otra cosa desde que estoy aquí.
- Para no decir nada, calla entonces y déjame mirar: mejor será esto.
- Cálmate. Pasaba, pues, como digo, por delante de la fuente.
- Precisamente no decías una palabra de esto
- Bueno: ¿me interrumpes?
- No.
- Pasaba, pues, por delante de la fuente, y ajustaba algunos muebles viejos para esta fea habitación, cuando de repente siento que el agua salpica mis medias.
- ¡Qué interesante es todo eso!
- Espera; eres demasiado ejecutiva, amiga mía; miro... y veo... ¿adivinas qué?
- No, prosigue.
- Veo á un caballerito obstruyendo con un pedazo de pan el caño de la fuente, y produciendo, gracias al obstáculo que oponía el agua, aquella extravasación y aquel surtidor.
- Es interesante lo que me cuentas, dijo Chon encogiéndose de hombros.
- Espera; al sentirme salpicado eché mil maldiciones; el hombre del pan mojado se vuelve, y veo.....
- ¿Á quién ves?
- Á mi filósofo, ó más bien nuestro filósofo.
- ¿Quién, Gilberto?

— En persona, con la cabeza descubierta, con la casaca desabrochada, con las medias arrugadas y los zapatos sin hebillas; en fin, en un elegante *négligé*.

— Gilberto... y ¿qué te dijo?

— Le reconozco, me reconoce; me adelanto, retrocede; alargó el brazo, abre las piernas y corre como una liebre entre los coches y los aguadores.

— ¿Y lo has perdido de vista?

— Ya lo creo; no había de ponerme á correr también, ¿no es verdad?

— ¡Verdad es, Dios mío! era imposible, comprendo: pero lo has perdido de vista.

— ¡Que desgracia! exclamó Silvia.

— Sí por cierto, dijo Juan, le debo una buena ración de zurra, y si le hubiese echado mano al cuello, te juro que no hubiera perdido nada por esperar; pero sin duda adivinó mi buena intención y puso los pies en polvorosa. No importa, está en París, que es lo esencial, y en París, por poco amigo que sea uno del subdelegado de policía, se encuentra todo lo que se busca.

— Será preciso.

— Y cuando le tengamos en nuestro poder le haremos ayunar.

— Se le encerrará, dijo Silvia: sólo que esta vez será preciso escoger un sitio seguro.

— Y Silvia le llevará á ese sitio seguro su pan y su agua, ¿no es verdad, Silvia? dijo el vizconde.

— Hermano mío, no nos riamos, dijo Chon; ese muchacho presenció el lance de los caballos de posta, y si tuviese motivos para querernos mal, podría hacernos daño.

— Por eso al subir la escalera, replicó Juan, he convenido conmigo mismo en ir á ver al señor de Sartines y contarle mi hallazgo. El señor de Sartines

me contestará que un hombre sin sombrero, con las medias casi caídas, los zapatos en chancas, y que moja su pan en una fuente, debe habitar muy cerca del sitio donde se le encuentra de esa manera pergeñado, y entonces se comprometerá á buscárnoslo.

— ¿Qué puede hacer aquí Gilberto sin dinero?

— Desempeñar algunas comisiones.

— ¡Eh! ¡un filósofo de una especie tan salvaje! ¡Bah! ¡bah!

— Habrá encontrado, dijo Silvia, alguna vieja devota que sea parienta suya, que le dará los mendrugos de pan, demasiado duros para su perro.

— Basta, basta: guarda la ropa blanca en ese armario viejo, Silvia, y tú, hermano mío, á tu observatorio.

Aproximáronse, en efecto, á la ventana con grandes precauciones.

Andrea dejó su bordado, extendió negligentemente sus piernas sobre un sillón, después alargó la mano para coger un libro colocado sobre una silla que estaba á su lado, lo abrió y comenzó la lectura que los espectadores juzgaron ser de las más interesantes, porque la joven permaneció inmóvil desde el momento que principió.

— ¡Oh! ¡qué estudiosa es! dijo Chon. ¿Qué leerá?

— Primer mueble indispensable, respondió el vizconde sacando de su bolsillo un antejo que alargó y flechó á Andrea, apoyándolo para tomar bien la puntería en el ángulo de la ventana.

Chon lo miraba con impaciencia.

— ¡Y bien! sepamos, ¿es verdaderamente linda esa criatura? preguntó al vizconde.

— ¡Admirable! es una muchacha perfecta; ¡qué brazos! ¡qué manos! ¡qué ojos! ¡qué labios! capaces de tentar al mismo san Antonio: ¡los pies, ¡oh!



los pies divinos ! el tobillo... ¡ qué tobillo debajo de aquella media de seda !

— ¿ Á que te vas á enamorar de ella ? dijo Chon : no nos faltaba más que eso.

— Y al cabo, ¿ qué mal habría en eso, principalmente si ella me quería ? esto tranquilizaría algo á nuestra pobre condesa.

— Veamos : dame ese antejo, y deja por un momento tu charla, si es posible... sí, verdaderamente es linda esa joven, y es imposible que no tenga un amante... ella no lee, mira... el libro se le va á caer de las manos... se desliza... Juan, no lee, medita.

— Ó duerme.

— Con los ojos abiertos : ¡ hermosos ojos, á fe mía !

— En todo caso, dijo Juan, si tiene un amante lo veremos bien desde aquí.

— Si viene de día, porque si viene de noche.....

— ¡ Diablo ! no pensaba en eso, y sin embargo, es la primera cosa en que debía haber pensado... eso prueba hasta qué punto soy inocente.

— Sí, inocente como un procurador.

— ¡ Bueno ! estoy prevenido, inventaré cualquier cosa.

— ¡ Pero qué buen antejo es este ! dijo Chon : leeré casi en el libro.

— Lee, y dime el título : acaso adivine algo por el título.

Chon avanzó con curiosidad, pero retrocedió con más prontitud que había avanzado.

— ¿ Qué es eso ? preguntó el vizconde

Chon le cogió el brazo.

— Mira con precaución, hermano mío, dijo, mira quién es la persona que se asoma á aquella ventana de la izquierda. Cuidado no te vea.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó sordamente Dubarry, el que me ha mojado las medias. ¡ Dios me perdone !

— Se va á echar abajo.

— No tal ; se agarra del alero del tejado.

— Pero ¿ qué mira con aquellos ojos ardientes y aquella embriaguez salvaje ?

— Acecha.

El vizconde se dió una palmada en la frente.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ya sé, exclamó.

— ¿ Qué ? está acechando á nuestra hermosa dama.

— ¿ La señorita de Taverney ?

— Sí, la misma. Ahí tienes el amante del palomar ; ella viene á París, y él corre tras ella. Ella se hospeda en la calle Coq-Herón, y él se escapa de nuestro poder para venir á vivir á la calle Platriere ; él la mira, y ella medita.

— ¡ Pardiez ! es verdad, dijo Chon ; mira aquellos ojos, aquella fijeza, aquel fuego livido : está perdidamente enamorado.

— Hermana mía, dijo Juan, no nos cansemos en acechar á la enamorada ; el amante hará el gasto. Ahora déjame pasar, pues voy á ver al señor de Sartines. Pero cuidado no te vea el filósofo, pues ya sabes si levanta pronto el campo.